

## LUGARES DE ASCLEPIO Y DE HIPOCRATES EN LAS MODERNAS ESCUELAS DE MEDICINA \*

DR. JOAQUÍN IZQUIERDO

**P**ARA TENER CONOCIMIENTO de la medicina, se requiere, en primer lugar, talento natural, porque si Natura está en contra, todo lo demás resulta en vano. Y si Natura ya marca el camino hacia lo más excelente, la instrucción en el arte debe ser impartida en lugar adecuado al temprano discípulo, que al recibirla, deberá tratar de hacerla suya, por reflexión.

Siendo nuestra disposición natural a la manera del terreno, y las opiniones de nuestros maestros como la semilla; el instruir durante la juventud, es como plantar la simiente en estación adecuada; el lugar donde esto se haga es como la atmósfera que proporciona el alimento, y el diligente estudio, como el cultivo de los campos. El tiempo no hace sino vigorizar todas las cosas, y llevarlas a su madurez.

El médico que por haber cumplido todos los requisitos para el buen estudio de la Medicina, haya logrado su verdadero conocimiento, al ir por las ciudades será apreciado de verdad, y no sólo por el nombre.

Hipócrates, *Nómos (De Lege)* 2, 3, 4.

### I. ANTECEDENTES

En 1934 se hizo necesario preparar un extenso alegato<sup>1</sup> para demostrar que en vista del momento evolutivo alcanzado por la medicina contemporánea, contemplado a la luz de sus antecedentes histórico-científicos, era de urgente necesi-

\* Leído en la sesión del 6 de septiembre de 1961.

<sup>1</sup> Izquierdo, J. J. *Balance Cuatricentenario de la Fisiología en México*. Ediciones Ciencia, México, 1934. Páginas 165-171.

dad llevar adelante en nuestras escuelas de medicina, una reforma de la enseñanza de la fisiología, cuya realización, desde que fue planteada, había encontrado graves obstáculos.<sup>2</sup>



FIG. 1. Proyecto presentado en 1957 para el gran monumento a Hipócrates en la Nueva Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria, Tomada de 16.

Al cabo de dos décadas, no sólo el alcance y el significado de la reforma no habían llegado a ser generalmente apreciados, sino que persistían los obstáculos que había impedido llevarla hasta la meta que se le había señalado. Pero ya había anuncios de la próxima implantación de un nuevo plan de estudios médicos,<sup>3</sup> que dejaban traslucir veladas amenazas de destrucción de lo logrado.<sup>4, 5</sup> Hablaban de cambios que “planeados por profesores, alumnos y autoridades universitarias superiores”, iban a ser ensayados en calidad “de experimento”, y tanto por no dar la impresión de cerrar los ojos a las nuevas luces de progreso, como por dejar que el experimento fuese ejecutado sin obstáculos, el que esto escribe decidió esperar a que la observación de su desarrollo y resultados, permitiesen hacer las apreciaciones críticas a que hubiese lugar.

Entre tanto, aparte de seguir tratando de mantener y adaptar a las nuevas exigencias los programas<sup>6</sup> que con gran cuidado habían sido preparados para que la cuarta centuria de vida de la Universidad mexicana fuese ini-

<sup>2</sup> *Ibid*, página 10 y capítulo VIII.

<sup>3</sup> *Gaceta de la Universidad de México*, Vol. II, núm. 7, 14 de febrero de 1955. Páginas 3 y 4.

<sup>4</sup> Fournier, R. *La Nueva Escuela de Medicina*. Prensa Médica Mexicana, Año xxii (1957), pág. 284 y *Evolución de la Enseñanza de la Medicina*. Prensa Médica Mexicana. Año xxiii (1958), pág. 235.

<sup>5</sup> Véanse los preliminares escritos al frente de los *Programas para el curso de Fisiología*, citados en la siguiente nota, y además, *Gaceta Médica de México*, tomo xc (1960) páginas 507-510.

<sup>6</sup> *Programas para el curso de Fisiología* del segundo año de Estudios Médicos, con un preliminar por J. J. Izquierdo, Folletos de 16 páginas, publicados en cada uno de los años de 1956 a 1959.

ciada "con mejores planes de organización y de trabajo",<sup>7</sup> el que habla dedicó nuevos empeños a procurar que el ambiente se hiciese favorable.<sup>8, 9, 10</sup> Insistió en que la organización y la enseñanza en el Departamento de Fisiología de nuestra Facultad se habían venido ajustado al proceso evolutivo de la medicina observacional y funcional, siguiendo una línea de pensamiento cuyos puntos más sa-



FIG. 2. Colocación sugerida para la gran estatua de Hipócrates del proyecto de que da cuenta la figura 1. Tomada de <sup>7</sup>6.

lientes había dejado señalados en el alegato inicial, y vuelto a realzar con la publicación de dos libros dedicados a los grandes ejecutantes del método científico de investigación, William Harvey (1578-1657)<sup>11</sup> y Claude Bernard (1813-

<sup>7</sup> Izquierdo, J. *Montaña y los Orígenes del Movimiento Social y Científico de México*. Ediciones Ciencia, México, 1955. Página 2.

<sup>8</sup> Izquierdo, J. J. 1959. *La Demostración y el Experimento en la nueva Escuela de Medicina*. (1833-1958). *Gaceta Médica de México*, tomo lxxxix, n° 2, febrero, págs. 123-140, México, D. F.

<sup>9</sup> Izquierdo, J. J. 1959. *Las Reformas Fundamentales Pendientes de realizar en la enseñanza de la Fisiología*. *Gaceta Médica de México*, tomo lxxxix, págs. 205-220.

<sup>10</sup> Al frente de los programas citados en 6.

<sup>11</sup> Izquierdo, J. J. 1936. *Harvey, Iniciador del Método Experimental*. Estudio crítico de su obra "De Motu Cordis" y de los factores que la mantuvieron ignorada en los países de habla española. Con una reproducción facsimilar de la edición original y su primera versión castellana. México. Ediciones Ciencia, xviii más 400 págs. ilustr., 24 cm.

1878).<sup>12, 13</sup> Dio nueva difusión a informaciones que tenía ya publicadas acerca de los ilustres precursores mexicanos que hacia los treinta del siglo pasado y en servicio de dicha línea de pensamiento, llevaron a término la primera y más fecunda renovación de nuestra enseñanza médica.<sup>14</sup> Y para que de modo permanente se tuviera presente que el gran Hipócrates fue el primerísimo y más ilustre precursor de tal línea de pensamiento, tras de repasar someramente su obra y su pensamiento y de dar cuenta de recientes investigaciones propias acerca de los hipocratistas mexicanos,<sup>15 a 19</sup> pidió que en medio de los edificios con las aulas y los laboratorios de la nueva Facultad, le fuese levantada una gran estatua (figuras 1 y 2).<sup>20</sup> Sería símbolo que de manera permanente recordara a catedráticos y a estudiantes, que el progreso médico tiene como bases firmísimas a las ciencias observacionales y al criterio científico con que proceden. El proyecto pareció bien acogido por el director de la Escuela, que prometió ayudar a realizarlo,<sup>21</sup> así como por la Academia de Medicina,<sup>22</sup> que en sesión cele-

<sup>12</sup> Izquierdo, J. J. 1952. *Bernard, Creador de la Medicina Científica*. Estudio crítico de su labor científica, seguido de una versión castellana de su Introducción al Estudio de la Medicina Experimental. México, Imprenta Universitaria, xxvi más 329 págs. ilustrs., 24 cm.

<sup>13</sup> Bernard, C. *Introducción al estudio de la Medicina Experimental*. Versión castellana antecedida de una *Historia crítica de su vida y sus trabajos* por el Dr. J. Joaquín Izquierdo. 2 ed. México, U. N. A. M., 1960. 418 páginas. (Problemas Científicos y Filosóficos).

<sup>14</sup> Izquierdo, J. J. 1958. *Orígenes y Culminación de nuestro primer movimiento renovador*. Gaceta Médica de México, tomo lxxxviii, págs. 521-531.

<sup>15</sup> Véanse en 7, los capítulos IV, XVIII y XIX.

<sup>16</sup> Izquierdo, J. J. *Hipócrates en la Escuela Nacional de Medicina de la Universidad de México*. Gaceta Médica de México, tomo lxxxvii (1957), págs. 677-684. México, D. F.

<sup>17</sup> Izquierdo, J. J. *La Medicina Hipocrática y los Hipocratistas de México*. Gaceta Médica de México, tomo lxxxviii (1958), páginas 359-372.

<sup>18</sup> Izquierdo, J. J. 1955. *El Hipocratismo en México*. Con una reproducción facsimilar de las Lecciones del Doctor Montaña, seguida de su versión castellana. Imprenta Universitaria, México, 268 páginas.

<sup>19</sup> Izquierdo, J. J. 1956. *Carpio y los primeros escritos del México Independiente en pro de la Reforma Médica*. Con reproducciones facsimilares de la obra publicada en 1823 por los doctores don Manuel Carpio y don Joaquín Villa para poner a Hipócrates en lengua vernácula, aunque declarándolo falible, y dar a conocer los nuevos métodos de la exploración física. México, Imprenta Universitaria, 1956. Un tomo de 202 págs., de 77 × 112 mm.

<sup>20</sup> Proyecto original en 16, figuras 3 y 4; páginas 282 y 283.

<sup>21</sup> Véase 16, página 283.

<sup>22</sup> Véase Gaceta Médica de México, tomo lviii (1927), páginas 661-676 y 726.

brada frente a la estatua de Asclepio que le fue donada en 1927, "lo hizo suyo" y se "unió con entusiasmo a la atinada idea".<sup>23</sup> Sin embargo, nada se hizo, porque faltó el interés de las autoridades universitarias superiores.

Posteriormente, en cambio quedó levantada frente a la Escuela, en calidad de "símbolo médico en la Ciudad Universitaria", una estatua de Asclepio (figura 3), la cual, de acuerdo con lo declarado en el discurso leído al descubrir-



FIG. 3. La estatua del Esculapio romano colocada en 1959 frente al edificio principal de la Facultad de Medicina, en la Ciudad Universitaria de México.

la,<sup>24</sup> para octubre de 1959 ya empezó a ver "moverse a su alrededor los blancos vestidos de nuestros estudiantes de medicina", mientras en "nuestras aulas, laboratorios y bibliotecas, quedaba encendido el hogar de su culto".

Con quedar, de esta suerte, levantado frente al edificio de la Facultad de Medicina, un símbolo diferente del originalmente propuesto, mismo que en íntima relación con el edificio viene siendo representado en los forros de los últimos

<sup>23</sup> En la sesión del 26 de junio de 1957, *Gaceta Médica de México*, tomo lxxxvii, página 879.

<sup>24</sup> Salazar Mallén, M. *Asclepios, Símbolo Médico en la Ciudad Universitaria de México*. La Prensa Médica Mexicana, Año xxv (enero de 1960) páginas 22-24.

números de la Gaceta Médica (figura 4) ha quedado planteado el problema de puntualizar debidamente los significados que Asclepio e Hipócrates puedan tener



FIG. 4. Un símbolo que ampara y envuelve el nuevo edificio de la Facultad de Medicina. En la portada de los números de la Gaceta Médica de 1961.

en una moderna escuela de medicina, en calidad de símbolos para fomentar las acciones y los pensamientos de las nuevas generaciones médicas, así como los términos en que éstas puedan rendirles culto y admiración. Preciso es aclarar si los significados que en uno y otro puedan descubrirse con relación a la evolución de la medicina, coinciden o difieren en forma y grado que conviene averiguar, para con ello de paso tratar de corregir la desorientación que viene prevaleciendo al respecto.<sup>25</sup>

## II. LOS PERSONAJES Y SUS ACTUACIONES<sup>26, 27</sup>

1. *La saga de Asclepio y de los primeros asclepiades.* Homero en la *Iliada* y Hesiodo y Píndaro en sus poemas, mencionaron a Asclepio en calidad de hombre mortal, que mucho antes de que fuera escrita la épica homérica, sagas todavía más remotas relacionaban con Quirón, el sabio centauro conocedor del poder curativo de las hierbas. En la imprecisa mención que de él hizo la *Iliada*, quedó presentado como simple médico, hijo de Apolo, el antiguo dios de la medicina, dotado de gran habilidad y excelentes recursos, gracias a los cuales curó a los

<sup>25</sup> Nótese por ejemplo, que a las primeras etapas de la práctica médica en las trece primitivas colonias que luego formaron la Unión Norteamericana, se las ha considerado como la llegada a ellas de *Esculapio*. Véase Gordon, M. B., *Aesculapius comes to the Colonies, the story of the early days of Medicine in the thirteen original Colonies*, Ventnor, N. J., Ventnor Pub. Inc., 1949, 560 páginas.

<sup>26</sup> Para más amplias informaciones acerca de las cuestiones tratadas en esta sección y sus fuentes originales, consúltese la excelente obra de Edelstein, E. J. y L. Edelstein. *Asclepius, a collection and interpretation of the testimonies*. Volumen I: Collection of the testimonies. 470 páginas. Volumen II: Interpretation of the testimonies. 277 páginas. Publications of the Institute of the History of Medicine. Baltimore, Johns Hopkins Press, 1945.

<sup>27</sup> Véanse también las obras citadas en las notas 15 a 20 de este trabajo, y las demás, consignadas en ellas.

guerreros heridos y aun logró resucitar a los muertos en combate. Ante la imposibilidad de comprobar su existencia histórica, los investigadores se han visto obligados a considerarlo como un mero personaje fantástico, cuyas actuaciones como médico, al quedar encubiertas por las del héroe, llevaron a concebirlo en calidad de alto símbolo de la misión del médico (figura 5). Por este recuerdo, quienes honesta y racionalmente practicaban la medicina, llegaron a considerarse hijos suyos, formando la gran familia de los *asclepiades*. No porque estuviesen ligados, como descendientes de un padre común, sino porque con ello se declaraban filialmente ligados a un patrono, a cuya sabiduría y habilidad en la práctica del arte, puramente humanas y sin nada de divino, deseaban ajustar sus propias actuaciones. Parece que el título de *asclepiade*, era corriente entre los médicos de la quinta centuria antes de Cristo, y que ya venía siendo usado desde la anterior.

Tanto la saga homérica, como otras, consignaron genealogías de los asclepiades más distinguidos, de valor puramente mítico. En todas, Macaón y Podalirio, combatientes frente a las murallas de Troya, son señalados como hijos directos de Asclepio. Forzado Podalirio a detenerse, en su viaje de regreso, en Caria, por haber curado allí a la hija del rey y haberla recibido en matrimonio, se habría quedado en la región y fundado en ella dos ciudades, de una de las cuales, *Syrna*, sus hijos habrían pasado a fundar Cos y Cnidos, centros médicos de gran fama en el Asia Menor. Según Tzetzes, Podalirio habría sido padre de Hippolochus, y a partir de éste, la sucesión de padre a hijo habría continuado a través de Sostratus I; Theodorus II; Sostratus III; Nebrus; Gnosidicus; Hippocrates I y Heraclides, hasta Hippocrates II, el Grande (460-377 a. de C.), de quien en seguida nos ocuparemos.

2. *Hipócrates el Grande*. Tan difícil de comprender como digno de admirar, es el que hacia la confluencia de los siglos v y iv anteriores a nuestra Era, estando la medicina en Grecia en manos de la casta sacerdotal y fuertemente contaminada por elementos mágico-religiosos recibidos de Oriente, carente de conocimientos de anatomía y de fisiología, y muy lejos de llegar a tener la noción de contagio, Hipócrates el Grande, como fruto de fecundas actividades que culminaron hacia el año 400, hubiera logrado elevar la práctica médica hasta un plano ya verdaderamente científico, que en los siglos subsiguientes se perdería para no ser reconquistado sino hasta tiempos relativamente recientes.

Pese al valor puramente mítico de su genealogía, se sabe que el hombre existió (figura 6); que en Cos, lugar de su nacimiento en el cual habían venido



FIG. 5. Cabeza de Asclepio, del siglo IV a. de C., en el Museo Británico.

actuando los asclepiades, descendientes de la fue enseñada la teoría y la práctica de la medicina. Hay pruebas de que en viajes de estudio complementarios, visitó



FIG. 6. Cabeza de una estatua de Hipócrates, del siglo IV a. de C., tomada como modelo para el proyecto. Véanse en 16, página 679, las dos fotografías reproducidas.

que teniendo que admitir que no todos pudieron ser escritos por un solo hombre, lograron sobrevivir a través de la Edad Media, transmitidos de generación a generación entre médicos judíos, árabes y cristianos. Pero no fue sino hasta el siglo XVI cuando los textos originales fueron rescatados y traducidos, y con ello apreciadas las deformaciones de que habían estado plagadas sus versiones de segunda mano, hechas por traductores y comentaristas latinos, sirios, árabes y hebreos, así como por "conciliadores" empeñados en poner de acuerdo a heleenistas y arabistas. El estudio de todas estas obras del *Corpus Hippocraticum*, reveló que para estudiar la enfermedad, Hipócrates siguió un método nuevo, que consistió en empezar por la observación paciente y cuidadosa de los hechos, con espíritu crítico y verdaderamente imparcial, para pasar luego a juzgar con la medida de la razón; nunca a impulsos del capricho o del prejuicio, y siempre con excepticismo acerca de todo lo no comprobable, para así, finalmente, llegar a descubrir las leyes que los rigen. Pero sin teorizar nunca más allá de lo autori-

de Podalirio y abuelos suyos, fue donde las más remotas tierras y ciudades (Tracia, Tesalia, Delos, Atenas, etc.), en parte para cumplir con sus deberes profesionales y en parte por atender a diversos llamados humanitarios. Las manifestaciones de respeto que en todos esos lugares se ganó, así como el recuerdo de veneración que de él conservaron las generaciones subsecuentes, bastaron para desmoronar las calumnias de insidiosos rivales, entre otras la de que hubiera incendiado la biblioteca de Cnido, para con ello evitar que sirviera para comprobar que allí estaba todo lo que venía enseñando como nuevo. Han contribuido igualmente a demostrar su existencia, las tradiciones que se conservan acerca de personajes por él curados durante su larga vida; por su hijo Thessalus, o por otros descendientes suyos, como Hipócrates IV, que atendió a Roxana, la reina de Alejandro el Grande.

Los sesenta o setenta notables escritos médicos atribuidos a Hipócrates aun-

zado por los datos de la experiencia, ni por ello dejar de sentir el ansia de generalizar a partir de ella.

Sobresalen de modo notable en el conjunto magnífico de obras, el libro de los *Aforismos*, muy de admirarse por la maestría con que fue realizado en pocas líneas de sorprendente concisión.

El libro de las *Epidemias*, en el cual son muy de admirarse las concretas y precisas observaciones que dejó condensadas en sus pequeñas historias, obras maestras que son remotas precursoras de las historias clínicas de tiempo más recientes. Hipócrates da cuenta de ellas, con ruda franqueza, y sin la menor intención de disimulo, de las terminaciones fatales del sesenta por ciento de los enfermos, y no se vanagloria de pretendidos éxitos logrados. Comparadas con las curaciones maravillosas, que según veremos, contemporáneamente ya empezaban a ser proclamadas en los templos, ponen de manifiesto el profundo abismo existente entre la medicina sacerdotal y la medicina hipocrática.

El libro de los *Pronósticos* es notable porque se ajustó al nuevo concepto de que la evolución y la terminación de las enfermedades se hacen siguiendo una *historia natural*, de tal manera definida, que una vez bien comprobada por la observación, después ya resulta posible, no sólo reconocerlas, sino anunciar anticipadamente (pronosticar) su terminación.

En el tratado sobre *aíres, aguas y lugares*, que fue el primero que llegó a existir sobre salubridad, geografía médica, climatología, fisioterapia y balneología, se hallan consignadas las primeras observaciones generales acerca de los factores determinantes de la enfermedad: estaciones, vientos, diversas clases de agua, situación de las ciudades, naturaleza de los suelos, modos de vivir de los hombres, efectos del ejercicio físico, etc... Como natural consecuencia, dejó sentada la doctrina de que todas las enfermedades son debidas a causas naturales, pero como la epilepsia era tenida entonces por divina, Hipócrates declaró que sin ser más divina ni más sagrada que las demás enfermedades, si se le atribuía origen divino, era tan solo por el asombro que provocaba. Inició con esto una de las más grandes revoluciones en la historia de la medicina, que empezó a dar a ésta, el carácter de ciencia.

El libro sobre *Régimen* en las enfermedades agudas, es admirable por la suavidad de los medios curativos que propuso con apoyo, en gran parte, en la genial idea de que antes que nada, el médico debe ayudar al poder curativo o restaurador de las fuerzas de la naturaleza (*Vix Medicatrix Naturae*), sin nunca contrariarlo con medicamentos o tratamientos inoportunos.

Los libros sobre *Traumas de la cabeza, fracturas y articulaciones*, son de tan alta calidad técnica, que los cirujanos de siglos subsecuentes no llegaron a comprender sus preceptos, ni pudieron ejecutar sus operaciones.

El libro *De Médico*, destinado a dar a éste reglas de conducta, así como el famoso *Juramento*, son igualmente muy dignos de mención.

3. *El divino Asclepio y su culto.* Los investigadores se inclinan a pensar que con el correr de las centurias prehistóricas, la figura del legendario médico empezó a desvanecerse mucho antes que la viva admiración con que eran recordadas



FIG. 7. El divinizado Asclepio, de Epidauro, mármol griego de 2.20 m., con una serpiente mucho más gruesa que la corriente en sus estatuas, aproximadamente del año 300 a. de C. Tomada de 28.

sus actuaciones, y que esto fue lo que dio lugar a que aproximadamente a partir del año 600 a. de C., se le empezara a venerar como un dios, con cuyo nuevo carácter empezó a ser contemplado en magníficos templos, apoyado en el bastón con la serpiente enrollada (figura 7). Probablemente primero en las ciudades de Tricca y de Epidauro, que son las que tienen mayores derechos para disputarse la primacía al respecto, y luego, en el resto del mundo helénico.

Empezó a ser objeto de culto que creció rápidamente, no sólo porque estaba relacionado con lo que es de interés máximo para el hombre, la curación de sus enfermedades, sino porque las religiones de Grecia y Roma había llegado al momento evolutivo favorable para su desarrollo, en que los hombres empezaban a abandonar su antigua convicción de que los dioses fuesen enemigos y siniestros rivales suyos, que pusiesen especial deleite en acosarlos y destruirlos. Reflejando la nueva actitud, Platón (429-347 a. de C.) recomendó que para honrarlos, en vez del plano muy por encima de los desordenados deseos, envidias y celos, odios y enojos, en que corrientemente eran vistos, se les concibiera como benefactores generosos y amantes del hombre. Asclepio, que bondadoso y bene-

volente ponía toda su fuerza y poder en servir, no sólo a quienes fueran a implorarlo a su santuario, sino a quienes sin haberlo hecho, sentían que él los llamaba o que iba a buscarlos, a la luz del nuevo ideal religioso resultó de perfección divina

<sup>28</sup> *I monumenti del Museo Torlonia.* Riprodotti con la Fototipia, Roma, Stabilimento Fotografico Danesi, 1884. 151 láminas con 620 figuras. Atlas de 52 cm x 36.5 cm. Tav. XXIV, figura 94. Véanse además, en el tomo descriptivo complementario, de 420 páginas, publicado al año siguiente (1885), las páginas 63-64. Existen estos dos tomos en la Biblioteca de la Academia de Artes Plásticas, de la UNAM.

muy superior a la de los demás dioses, que incapaces o poco inclinados a prestar ayuda, empezaron a ser abandonados.

Para el siglo V a. de C., el culto de Asclepio ya había hecho grandes progresos, pero en Cos, los famosos médicos de su Escuela, a pesar de la veneración que guardaban por el héroe Asclepio, no lo aceptaron en calidad divina sino hasta el año 350, que fue cuando lo colocaron en un altar antes dedicado a Apolo, y sólo hasta principios del siglo III, llegaron a erigirle un templo. Su decisión contribuyó grandemente a la más amplia difusión y consolidación de su culto.

Los romanos, que en sus contactos con Grecia y Oriente, se habían enterado de la gran fama del deificado Asclepio, cuando en el año 293 a. de C., consideraron incontenible una espantosa plaga que devastaba la ciudad de Roma, en una trireme, mandaron embajadores a la ciudad de Epidauró, en solicitud de algún remedio que la aplacara. Regresaron llevando una serpiente, que al llegar la nave a orillas del Tíber la abandonó y pasó a la playa de una islla, y como con ello la peste cesara de inmediato, para recordación de tal suceso, levantaron allí un santuario para el culto de su nuevo dios, ya con el nombre latinizado de *Aesculapius*. La isla quedó circundada en forma navicular por un muro de piedra, con el busto del dios y su bastón con la serpiente esculpidos, según todavía pueden verse. Después, las poderosas legiones romanas llevaron a los más remotos rincones del Imperio, hasta los países bárbaros y aun hasta las regiones deshabitadas, a su *Aesculapius Castrorum*, y con ello sus estatuas y sus templos pronto se contaron por centenares. La estatua donada a nuestra Academia de Medicina,<sup>29</sup> es copia de la desenterrada a principios de este siglo, en el sitio ocupado por la antigua ciudad griega de Emporion (Ampurias), cerca de la actual Gerona (España). La donada más recientemente a nuestra Escuela de Medicina,<sup>30</sup> se dice proceder de una de las villas que en los alrededores de Roma tuvo el emperador Adriano (76-138 de nuestra Era), a quien, por su temprana admiración por el arte y la literatura griegas, desde pequeño ya se le calificaba de *Graeculus*.

Para el siglo II de nuestra Era, el culto de Asclepio se hallaba en su cenit, pero ya empezaba a ser amenazado por el pequeño grupo de los cristianos, conforme hasta hacía poco con que se le dejara existir sin ser molestado, pero que ya empezaba a conmovér a las masas y amenazaba destruir las bases mismas de la antigua religión. Pero en todo el siglo III, fue tan poco lo que los ataques apologéticos lograron minar la posición de Asclepio, que según los relatos cristianos, Dioclesiano le hizo levantar nuevos templos. En el siglo IV, su culto sólo persistía entre las clases populares, pero ya declinaba el favor en que era tenido por éstas. Constantino mandó destruir su santuario de *Aegae*, pero su

<sup>29</sup> Véase 22.

<sup>30</sup> Véase 24.

sucesor, Juliano, en un vano intento de reconstrucción, hizo que fuesen devueltas las piedras, que ya habían servido para levantar un templo cristiano. Siguió teniendo santuarios Asclepio, hasta el siglo VI, después del cual fueron barridos del viejo mundo con los demás últimos restos del paganismo.

4. *Las curaciones en los templos.* Los enfermos que esperaban recibir la ayuda de Asclepio, acudían a sus santuarios para pasar la noche en el lugar (*Abatón*) especialmente construído en ellos para que en él esperasen su llegada durante el sueño. A los muy contados que cándidamente confesaban no haber llegado a verlo, se les decía, ya fuese que el dios había estado ausente, o que por razones de ética no había querido que lo viesen. La mayor parte de los que acudían, en cambio declaraban haberlo visto, ya fuese tal como lo representaban sus estatuas, o bien como un apuesto mancebo, pero dando siempre sus consejos y pronunciando sus oráculos, con voz armoniosa. En Epidauro y en Atenas, con un beso divino quitaba instantáneamente la enfermedad, pero en sus demás santuarios, para hacerlo de modo igualmente rápido y expedito, le bastaba pasar la divina mano sobre sus enfermos; señalarlos con ella, o hacer que fuesen lamidos por los perros o las serpientes que llevaban en su compañía. En ocasiones se le había visto reír, y dando muestras de buen humor, hacer como que quitaba la enfermedad con un cepillo, o que se la llevaba envuelta en un paño.

Los investigadores han discutido hasta qué grado las curaciones relatadas por los enfermos, fueron engaños urdidos por los sacerdotes de los templos, de hecho comprobados desde la antigüedad y particularmente fáciles de aceptar por una clientela en su mayor parte formada por gente pobre y sencilla, que de antemano esperaba ser curada a cambio de una simple expresión de agradecimiento o de la más humilde de las ofrendas. Pero la verdad es que la clientela comprendía por igual a ricos, a senadores y a emperadores; a filósofos y a poetas; a individuos con diversos grados de educación, y aun a médicos, sabedores de que con reverenciarlo y tenerlo como patrón, se ganaban el favor del pueblo. Y verdad también, que todos, por igual, acudían convencidos de que iban a ser curados personalmente por el dios. Llegaban después de haber hecho largas jornadas, bajo la constante preocupación de sus males y con la seguridad de que el dios pronto les pondría término; al llegar al santuario y estarlo recorriendo, leían en numerosas tablillas, los relatos de portentosos sueños y maravillosas curaciones allí verificados, y en tales condiciones, era ya casi indefectible que en sus sueños tuvieran la visión divina. Con ver y oír al dios, y sobre todo, con sentirse curados, todos se retiraban convencidos de su gran poder y providencia.

Otros investigadores han calificado a las curaciones, de verdaderos milagros que provocaron la vuelta de viejas supersticiones que generaciones más iluminadas habían desechado desde hacía ya tiempo. Pero al respecto, es de tenerse presente que para la mentalidad de los antiguos, los milagros no daban lugar al conflicto entre ciencia y religión con que los mira la mente moderna, porque

para ellos el conocimiento y la acción podían ser divinos y humanos, de diferentes naturalezas que no se excluían entre sí. Por ello, cuando no lograban la curación con los recursos ordinarios de la profesión médica, no sólo se consideraban con derecho, sino obligados a recurrir a la divina ayuda.

El estudio de documentos antiguos también ha llevado a pensar que los remedios aconsejados a los enfermos durante el sueño les fueran dados por médicos que servían de acompañantes al dios. Pero tal suposición resulta contrariada por los relatos de la frecuencia con que los médicos seculares se sorprendían de que resultasen contrarios a los recomendados por la teoría médica desarrollada por Galeno, Herófilo y otros, lo cual, de paso, pone de manifiesto que la medicina de los sacerdotes y la de los médicos Asclepiades eran diferentes.

Por lo demás, parece que la clientela del dios se conformaba con sólo recibir pequeños beneficios, como en el caso de los enfermos que se sentían bruscamente curados, cuyos padecimientos cabe pensar que fueron de poca consideración. Los que no eran curados, se conformaban con pensar que su mal había avanzado hasta un estado en el cual ya no tenía remedio. Por lo demás, los testimonios de los templos no dan la menor idea acerca de la naturaleza de sus padecimientos, ni tampoco acerca de la duración del efecto curativo en los casos en que fue logrado.

Por mucho que el culto de Asclepio haya nacido y crecido a favor del asombro creciente a que dieron lugar sus divinas curaciones, la enorme influencia y poder que llegó a alcanzar fueron más bien debidos a que después de haber rebasado con creces su primitiva esfera de acción, ya se había extendido hasta la vida civil. El dios llegó a ser tenido por promotor de la paz y protector de las familias, a quien éstas podían implorar y de hecho imploraban, en demanda de ayuda para todo, ya que podía predecir el futuro y revelar lo que está oculto. Llegó a ser aclamado "guardián de los inmortales. . . , que guía y rige al Universo", y "salvador de todo lo que ha existido siempre, o que se halla en estado de llegar a ser". Platón lo había calificado de "alma del Universo", y según los neoplatonistas, él era quien "mantenía sus partes juntas, con simetría y en equilibrio". Para los neoplatonistas, por haber sido Asclepio engendrado por Zeus, de sí mismo, a través de Apolo, resultaba el tercero de los dioses que habían aparecido en la tierra, y por ello, sin menoscabo de su carácter de curador de las enfermedades y de dispensador de la salud, formaba parte de la trinidad pagana. Es pues comprensible que por haber persistido y crecido su culto durante siglos, hubiese llegado, finalmente, a prevalecer sobre los de las religiones del Oriente, de Grecia y de Roma, así como que al venir la lucha entre el paganismo y el cristianismo, la religión de Asclepio resultara para éste el enemigo más poderoso y difícil de vencer.

## III. SUUM QUIQUE

En vista de las informaciones e interpretaciones que anteceden, resultan posibles las siguientes respuestas a las dos cuestiones al principio planteadas:

1. En la antigüedad, cuando los médicos en general se consideraban hombres de negocios antes que nada interesados en hacer dinero; cuando por ello eran objeto de múltiples admoniciones para que se interesaran más por sus pacientes que por sus honorarios, y por lo mismo fue excepcional que alguno, como Galeno, llegara a declarar con orgullo que con igual escrupulosidad atendía a senadores y a esclavos, el divinizado Asclepio por los bondadosos y desinteresados servicios que de él creían recibir los enfermos más pobres y necesitados, alcanzó gran fama y veneración, que además de haber dado origen a un verdadero culto religioso, hizo que para los médicos fuese símbolo y modelo de la actitud humana, bondadosa y desinteresada, en que los buenos médicos griegos practicaban su arte, en franco contraste con los de los pueblos bárbaros. Una estatua suya en una moderna escuela de Medicina, sin pretender revivir su culto, *es símbolo adecuado para fomentar en las nuevas generaciones médicas los aspectos éticos más elevados de la profesión.*

2. Lo expuesto acerca de Hipócrates, con poner de manifiesto su inmortal función creadora de la medicina observacional y racional, punto de partida de la línea de acción y de pensamiento cuyo desarrollo y perfeccionamiento ha llevado a la medicina moderna hasta el estado de adelanto en que la contemplamos en nuestros días, deja explicado por qué una estatua suya, en una moderna Escuela de Medicina, puede servir de *símbolo y de faro para señalar de modo permanente a catedráticos y a estudiantes, los rumbos de la medicina científica.*

## COMENTARIO AL TRABAJO DEL DOCTOR J. JOAQUIN IZQUIERDO "LUGARES DE HIPOCRATES Y DE ASCLEPIO EN LAS MODERNAS ESCUELAS DE MEDICINA"

DR. GERMÁN SOMOLINOS D'ARDOIS

**P**ARA TODOS AQUELLOS que conocemos la trayectoria seguida desde hace ya muchos lustros por la obra histórica y educativa del Dr. Izquierdo en el medio universitario y en el académico, donde siempre buscó la interpretación y el apoyo de los conocimientos históricos como base y estímulo para la búsqueda de hechos nuevos, no puede resultarnos extemporánea la tesis sustentada en el documentado trabajo que acabamos de tener la satisfacción de escuchar. Rememorar a Hipócrates y a Asclépios o Esculapio, manteniéndolos presentes como símbolos de los principios en que se debe inspirar la ciencia de curar, resulta hoy más indispensable que nunca cuando la medicina se diluye en especialidades y subespecialidades que en ocasiones llegan a olvidar el fin para que fueron creadas.

Como indica muy bien el Dr. Izquierdo, con conocimientos mucho más profundos que los míos, las dos figuras descritas en el trabajo representan dos aspectos diferentes de la medicina que, desde la más remota antigüedad hasta hoy, han permanecido inalterables, no obstante los muchos cambios y vaivenes de la evolución médica. Asclepios, el Esculapio romano, con sus orígenes míticos, borrosos en el tiempo, pero perfilados y concretos en la leyenda mitológica, representa la moral, la ética profesional más elevada y, naturalmente, divina de dios. Del dios de la belleza; belleza, bondad y ética siempre fueron inseparables en las civilizaciones primitivas. Su maestro fue un ser sobrenatural. No podía ser de otro modo quien enseñara un arte en el que había que extraer de la naturaleza los excelentes remedios con que poder luchar contra sus propios designios. Y se le empezó a venerar como a un dios, tuvo templos y fieles, sacerdotes y emblemas. En todo ello dominaba un espíritu de abnegación y desinterés, por esto no debe extrañarnos que cuando en los albores del cristianismo, religión que en aquellos momentos aparece como una reacción ética contra el desorden y la inmoralidad de los pueblos romanos, se utilice con frecuencia la cabeza de las esculturas de Esculapio para representar a Jesucristo.

El otro símbolo es Hipócrates; hombre carnal, auténtico, como corresponde a

---

Leído en la sesión del 6 de septiembre de 1961.

su obra y a su legado. Nos enseña el camino de la ciencia y la práctica de la investigación. Su labor es palpable y trascendente. Todavía hoy los médicos usamos gran parte de su propia terminología y tenemos que admitir como suyas muchas observaciones geniales e incommovibles. Nunca fue dios, nunca tuvo templos ni sacerdotes y, sin embargo, su nombre ha sido venerado durante veinticuatro siglos por todos los médicos de todas las tierras y de todas las lenguas. Cada vez que la medicina está en trance de perderse o desviarse es necesario volver a Hipócrates. Sus ideas centraron el saber de bizantinos y árabes. Encauzaron la ciencia médica de la edad media y cuando estaba a punto de perderse, corrompido por malas traducciones y peores hábitos, llegó el Renacimiento, que, en medicina, se inicia precisamente con el grupo de los humanistas neohipocráticos que encabezara Leonicensio. Sigue siendo guía durante los siglos de los grandes descubrimientos y cuando la medicina se enreda en la maraña de las teorías y sistemas lo único que permanece inalterable es la idea hipocrática, y conste que utilizó la palabra *idea* en un sentido eminentemente platónico y aristotélico. Sus métodos de observación y estudio, serán el ejemplo a seguir por aquellos que tratan de salir del caos en que ha caído la medicina; por eso, no debe extrañarnos que, precisamente en Francia, en los primeros años del siglo pasado, cuando se están afirmando las bases de lo que será la medicina moderna y aparecen nuevos conceptos sobre los procesos de la enfermedad y la salud; cuando la teoría humoral que reinara durante veinte siglos está a punto de desaparecer, se publique una monumental traducción bilingüe de Hipócrates acompañada de otras muchas más modestas, pero que todas en conjunto mantienen el mismo fin.

Hoy es necesario también volver los ojos a Hipócrates. Ya no tienen valor inmediato sus aforismos ni sus observaciones, los métodos modernos de exploración y estudio han superado en mil modos el nivel de lo que él pudo atisbar y, sin embargo, sus elevados conceptos sobre la manera de observar y estudiar al paciente siguen vigentes. Muchas de sus descripciones clínicas sólo precisarían muy ligeras modificaciones para poder ser incorporadas a un tratado moderno. La honradez en el ejercicio profesional que él señalara sigue incólume y todavía hoy, cuando se quiere hacer ciencia verdadera por encima de aparatos y estadísticas, es preciso volver a la observación racional que él practicara.

Aunque lo agradezco, siento haber sido yo el elegido para este comentario. En nuestra Academia contamos con algún historiador tan enamorado de la antigüedad griega que hasta sé que inició el estudio del griego antiguo para poder leer a Hipócrates en sus fuentes originales, él hubiera hecho algo mucho más sustancioso, pero sin embargo creo expresar la opinión de los oyentes al felicitar al Dr. Izquierdo por su idea, por su documentada manera de presentarla y hago votos por que algún día no muy lejano, a más de la actual estatua de Asclepios, protegida para entonces de sus irreverentes mutiladores y pintarrajeos, se erija frente a la Facultad de Medicina otra del Hipócrates inmortal.